

Un diario muy pesado

Sería aproximadamente mediados de abril del año 2016. No recuerdo la fecha exacta, pero sí recuerdo que era una empresa no muy grande localizada cerca de Martorell - una localidad situada a 35 kilómetros de Barcelona - en la cual yo ejercía el rol de jefe de equipo. La empresa no tenía grandes números ni parecía excesivamente compleja de auditar. Sin embargo, la falta de competencia generalizada del equipo de administración provocaba que el trabajo fuese mucho más lento y tedioso de lo que cabría esperar.

Con el fin de agilizar algunos puntos del trabajo, solicité amablemente a la gente del departamento de administración de la empresa que me facilitaran lo antes posible el diario contable del ejercicio posterior al que yo auditaba. «Sin problema. Ahora mismo te lo pasamos», me dijeron. Transcurrida toda la mañana sin recibir noticias acerca del archivo solicitado, a primera hora de la tarde insistí con el fin de meter un poco de presión. «Sí, sí, estamos en ello. Es que son casi cuatro meses y, claro, cuesta más. Pero en nada lo tienes». Regresé de nuevo a la sala que teníamos reservada confiando en que lo recibiría en apenas unos minutos. Actualicé varias veces la bandeja de entrada pensando que quizá algún problema del correo ralentizaba la entrada del documento, pero no tuve suerte. Pensé que a lo mejor podría haber una limitación de tamaño, pero el hecho de haber recibido días antes el diario completo del ejercicio auditado por e-mail sin mayores problemas descartaba por completo esta hipótesis. Si un año cabía en un correo, ¿por qué no iban a caber cuatro meses? Una hora más tarde obtuve la respuesta.

A punto ya de levantarme para preguntar qué sucedía, una de las personas del equipo de administración abrió la puerta de nuestra sala y, tras ella, otra persona entró en la misma dejando más de 500 folios sobre nuestra mesa. «Aquí tienes el diario de 2016», me dijo. No supe qué decir. Empecé a ojear los folios con la única intención de confirmar que aquello era realmente un diario contable impreso. Efectivamente, lo era. Intenté disimular mi cara de sorpresa, aunque no recuerdo si fui capaz de ello. Supongo que no. Las dos personas del departamento de administración seguían delante de mí esperando algún tipo de aprobación por mi parte, pero lo único que recibieron por mi parte fue un escueto “gracias” y una pregunta acerca de si era posible obtenerlo en formato Excel. Seguramente me odiaron mucho en ese momento, pero su odio no podía ser mayor que mi incredulidad. En ningún momento había considerado que alguien pudiera llegar a pensar que yo quería el diario contable en papel, pero desde ese momento especificué en cada correo que todo lo enviaran digitalmente.

Por si esto hubiera sido poco, justo antes de que las dos personas salieran de la sala, tuve la curiosidad de ojear rápidamente la última hoja del diario y comprobé que, no sólo me habían pasado el diario impreso, sino que, además, ¡me lo habían pasado descuadrado! Intenté poner mi mejor cara antes de pedirles, con toda la educación de la que pude hacer gala que, antes de enviármelo otra vez, revisaran que estuviera también cuadrado. Tuvieron que pasar un par de días más, pero al final conseguí lo que quería: un diario cuadrado en formato Excel.

Desde aquel momento me aseguro de matizar en mis solicitudes que lo que me envíen lo hagan en formato electrónico para evitar encontrarme nuevamente en la misma situación. Únicamente espero que, al menos, reciclaran todos aquellos folios.